

---

## MILAGROS.

---

*Opera quæ ego facio testimonium perhibent de me.*

Las obras prodigiosas que yo hago, esas están dando testimonio de mí.

(JOAN. X, 25.)

No hay cosa más diversamente juzgada por los hombres que los milagros. El incrédulo los desprecia y ridiculiza, calificándolos de vanas quimeras, inventadas para entretenimiento de los tontos y de los locos: juicio digno del hombre descreído que niega el poder y la existencia de Dios. El sectario los pondera, ensalza y defiende con ciego entusiasmo, considerando como tales los partos monstruosos de su acalorada fantasía: error lastimoso, hijo de la triste idea que el infeliz se ha formado de la sabiduría y providencia del Altísimo. El fanático los descubre en todas partes, y á todas horas los ve suspender é invertir las leyes de la naturaleza, como si la naturaleza fuera un conjunto de caprichosas monstruosidades: funesto desvarío, propio del que sueña en un Dios extravagante y voltario. El católico... ¡ah! ¡cuán diverso es el modo de pensar y juzgar del católico! Anunciadle un milagro, y vereis que se recoge en su interior, lo contempla con admiración, lo examina con detenimiento, lo analiza con escrupulosidad; si es falso, lo condena; si es dudoso, suspende el juicio; si es verdadero, lo confiesa; y en cuanto lo ve revestido de todos los caracteres de la evidencia y certitud, se postra en presencia de aquel Sér todopoderoso que ha obrado el prodigio, y le tributa alabanzas, adoraciones y acciones de gracias: prueba indudable de que el católico, el hombre religioso sin superstición, y despreocupado sin jactancia ni impiedad, tiene puesta su fé en un Dios sapientísimo y verídico, cuyas palabras (y palabras suyas son los milagros) llevan siempre impreso un sello de evidente é infalible verdad.

¡Oh gentes, oh lenguas, oh tribus! cuándo volvereis en vuestro acuerdo! cuando abrireis los oídos á la voz del Omnipotente! Un Dios que habla á las gentes con prodigios, no puede ménos de poner en ellos la señal visible de su divinidad; de donde se infiere, que el

testimonio de los milagros es tan infalible como la veracidad de Dios, y que el que niega aquéllos, niega también ésta. Por tanto, si hay una religion que pueda aducir en su favor el testimonio de un solo milagro, con tal que este milagro sea luminoso é inconcuso, esa religion será la única aprobada por Dios, por cuanto llevará impreso el sello de la aprobacion divina. Ahora bien; ¿hay verdaderamente una religion que ofrezca el testimonio infalible de los milagros? Y si la hay ¿dónde está? Judíos, mahometanos, gentiles, cismáticos, herejes, panteistas, deistas, espíritus rebeldes y obcecados, en vano os esforzais en probarme la certidumbre de vuestros absurdos sistemas, que yo solo pongo mi fé donde veo impresa la señal infalible de los milagros. Hé aquí los fundamentos firmísimos de mi creencia. Solo Dios puede obrar milagros, y solo puede obrarlos en confirmacion de la verdad, Dios ha obrado milagros, y solo los ha obrado en confirmacion de nuestra Religion católica. Luego, nuestra Religion católica es la única verdadera. La demostracion de estas tres importantísimas proposiciones será el objeto del presente discurso. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Solo Dios puede obrar milagros, y solo puede obrarlos en confirmacion de la verdad. El milagro es una operacion superior á las fuerzas de la naturaleza creada: solo Dios puede inmutar la naturaleza: luego, solo Dios puede obrar milagros. En este argumento no hay nada de falso, controvertible ni incierto. La definicion que acabo de dar del milagro es genuina, legítima y conforme con la comun opinion de los hombres. Nadie seguramente calificará de milagros los prestigios, los encantos, ni los más raros y sorprendentes fenómenos; pues todos saben, que éstos son puras suertes de destreza y efectos de causas naturales conocidas ó ignoradas. Sacar una cosa de la nada, resucitar á un muerto, sanar repentinamente á un enfermo y otros semejantes actos son lo que llamamos milagros, por considerarlos contrarios al curso natural de las cosas. Si hubiera en la naturaleza alguna causa capaz de determinar semejantes sucesos, entónces los llamaríamos tan solo efectos sorprendentes y magníficos; mas, como léjos de esto, vemos que repugnan y se oponen á las leyes naturales, por eso los llamamos milagros. Un milagro, para que se llame tal, ha de importar repugnancia y oposicion á las causas naturales, bien sea en cuanto á la sustancia misma de la cosa obrada, ó en cuanto al modo de obrarla. Ahora bien; ¿quién puede alterar la naturaleza mas que Dios? Solo puede alterar la naturaleza el que la domina: solo domina la naturaleza el que es superior á ella: solo es

superior á la naturaleza el que es autor de ella : solo Dios es autor de la naturaleza : luego, Dios solo puede alterarla suspendiendo ó invirtiendo su curso. Aquí se nos oponen dos diversas opiniones. Algunos niegan al Autor de la naturaleza el poder de hacer milagros. Otros atribuyen milagros á las causas creadas. Fácil es demostrar la insubsistencia de una y otra opinion. Las leyes de la naturaleza creada son contingentes y mudables, pues que, en sustancia, no son más que movimientos, ó desenvolvimientos de fuerzas motrices. Esto supuesto ¿qué repugnancia hay en que el Autor de la naturaleza, acelere ó suspenda, invierta ó modifique de cualquier manera el curso de las leyes que rigen el universo? El que niega á Dios esta facultad, le niega el carácter de Autor de la naturaleza, y lo convierte en esclavo de ella. Ese poder, empero, no lo tienen las causas creadas, á lo ménos, como eficientes y primeras causas ; porque las causas creadas, sean de la clase que quiera, son siempre causas naturales, limitadas y finitas ; pero, el milagro es siempre una obra superior á la naturaleza : luego, las segundas causas por sí solas son incapaces de producirlo. Ningun hombre, ningun ángel, ninguna criatura, por grande, noble y sublime que sea, podrá nunca superarse á sí misma, remontarse más allá de su esfera, darse lo que no tiene ; de consiguiente, los ángeles, los santos, los taumaturgos, en la produccion de los milagros, obraron, no como causas principales, sino como instrumentos y ministros del poder de Dios. Luego, solo Dios puede obrar milagros, y las causas segundas son meros instrumentos de su omnipotente voluntad.

Pero, ya sea que Dios haga los milagros por sí mismo ó por medio de sus criaturas, es indudable que no los hace sinó en confirmacion de la verdad. En efecto ; « Dios no puede engañar ni engañarse. No está, como el hombre, sujeto al engaño y á la mentira ; ántes bien, es tan veraz é infalible, como santo y perfecto. » Si pudiese engañarnos, sería por falta de ciencia ó de bondad ; pero, su bondad es infinita y su ciencia infalible, de manera, que en él no cabe sospecha de ignorancia ni de malicia ; luego, el que niega la veracidad de Dios, niega su existencia ; y es más fácil concebir su inexistencia que su falta de veracidad. Ahora bien ; este Dios esencialmente verídico ¿ en qué caso habla más claramente que cuando obra algun milagro ? Esta es la voz más robusta que sale de sus eternos labios ; con ella revela los arcanos de su mente divina ; con ella autoriza y dá á conocer en la tierra á sus enviados. Si callase esta voz ¿ qué sería de nosotros ? ¿ Cómo sabríamos la voluntad del Señor ? ¿ Con qué señal ó distintivo conoceríamos á los que nos envía para anunciárnosla ? ¿ Qué regla ó

qué criterio tendríamos para descubrir la verdad en medio de la multitud de errores que la rodean y la ocultan á nuestros ojos ? Empero, si Dios, hermanos míos, pudiese mentir y confirmar con milagros los errores ; en qué embarazo, en qué confusion se vería mi entendimiento ! ¿ Cómo habría de creer en un Dios que pudiese engañarme á mansalva ? ¿ Cómo habría de poner mi confianza en unas señales que pudieran conducirme y precipitarme á un abismo ? Tenemos, pues, que el testimonio de los milagros es tan verdadero como Dios ; de donde se infiere, que la religion que tenga de su parte el testimonio de los milagros, será tan verdadera como Dios mismo ; pues que es cierto é inconcuso que solo Dios puede obrar milagros, y que solo puede obrarlos en confirmacion de la verdad.

Señáleseme un pueblo, una nacion afortunada que tenga en favor suyo el testimonio de los milagros, y al momento, sin la menor vacilacion, abrazaré su culto. Hombres, tribus, naciones todas que poblais la tierra, desde el Oriente hasta el Ocaso, y desde el Austro hasta el Septentrion, venid, presentad los anales de vuestra secta ó religion : el que me demuestre un solo milagro, me tendrá desde luego por defensor de su fé. Callad, oh católicos, y estad conmigo atentos al solemne juicio que vamos á presenciar. Viene primeramente el gentil, rodeado de una turba inmensa de dioses, el cual ensalza á los magos egipcios, á las vestales romanas y á los sacerdotes de Isis, y pondera las maravillosas operaciones de Apolonio Tianeó, de Vespaciano y de Navis. Sigue luego el judío, con sus talmudistas y rabinos, y hace una larga relacion de sus vetustos prodigios, callando de propósito los presentes, como si ya no necesitase de ellos. En pos de él vienen los sectarios de mil diversos nombres y matices, que entusiasmados en favor de sus amados patriarcas, pregonan á grandes voces, unos, la resurreccion de los muertos ; otros, la curacion de enfermos y endemoniados ; otros, la prediccion de futuros sucesos... todos ambicionan los milagros, todos los reclaman para sí, ninguno quiere carecer de esta prenda celestial... ¿ Qué haremos, pues ? ¿ á cuál nos inclinaremos entre tantos y tan diversos pareceres y pretensiones ?

Antes de resolvernos, interroguemos á todos estos opuestos pretendores, y veamos cuáles son los fundamentos de sus respectivas reclamaciones. ¿ Dónde, cuándo, por quién se hicieron vuestros milagros ? Los magos egipcios, émulos de Moisés, no hicieron más que arrojar las serpientes que llevaban escondidas, viéndose por último obligados á exclamar, que allí estaba el dedo de Dios : *Digitus Dei est hic*. En los templos de Esculapio y de Isis, los sacerdotes eran médicos, y de ahí las curaciones efectuadas con remedios naturales. Aquel im-

postor de Apolonio Tianeó, obró siempre ocultamente y tuvo por escritor á un Filóstrato, hombre ruin y venal. De Claudia, virgen vestal, decíase que con una delgada hebra de hilo habia arrastrado una nave hasta la playa, en prueba de su inocencia calumniada. Pero, dando el hecho por cierto, no hay repugnancia alguna en creer que Dios obrase el milagro por sus altos y secretos fines y para confusion de los calumniadores.

Los milagros hebráicos son milagros ciertos, indudables, y que por lo tanto no admiten contestacion. Pero ¿acaso pertenecen éstos á aquella nacion reprobada y no al pueblo fiel, que le ha sucedido en la preferencia y en el amor de Dios? No hay duda que los milagros hebráicos pertenecieron á aquella nacion en cuanto tuvo templo, altar, sacrificios, ministros y continuacion de milagros, de profecías y de culto. Mas hoy dia, los hebreos no tienen templo, ni altar, ni sacrificios, ni ministros, ni continuacion de milagros, de profecías, ni de culto: luego, esos milagros ya no pertenecen al pueblo en cuyo favor se obraron, ni pueden, por lo tanto, considerarse ahora como patrimonio suyo: luego, es menester que ese pueblo aduzca nuevos milagros obrados de diez y ocho siglos acá, ó renuncie para siempre á ellos. Es así, empero, que desde que clavó en una cruz á Jesucristo, no puede citar en su favor prodigio alguno; luego, por precision, ha de renunciar á la prueba de los milagros.

Aún ménos pueden aspirar á ellos los sectarios. Grandes en verdad han sido sus conatos y esfuerzos por arrogarse ese don precioso, para lo cual no han perdonado medio, ora inventando fábulas, ora urdiendo ingeniosas tramas. Pero ¿cuándo han logrado hacer creer constantemente un milagro? Los heresiarcas todos fueron tan desgraciados en los ensayos de su virtud milagrosa, que al fin viéronse precisados á decir que para probar la verdad de su mision bastaba su doctrina, sin necesidad de los milagros. Falsa proposicion y contraria al rito constante de Dios. ¿Cuándo envió Dios un nuevo apóstol ó mensajero sin revestirle del poder de hacer milagros? ¿Y cómo puede el hombre adoptar una nueva doctrina, si no ve en ella impreso el sello de la aprobacion divina?

2. ¡Oh tú, nacion redimida, pueblo de santa adquisicion! ven y prepárate á ver desplegarse en favor tuyo todo el esplendor de la omnipotencia divina. En el antiguo y en el nuevo Testamento, en tiempo de los Patriarcas y de los Apóstoles, de los Profetas y Pontífices, en todas épocas y circunstancias, Dios ha obrado milagros, y en confirmacion tan solo de nuestra católica religion. ¡Oh! qué sublime espectáculo! Cual parte del sol la luz perenne y esplendorosa,

esparciendo por do quiera la claridad, el calor y la vida; así emanan perennemente del seno del Altísimo los luminosos milagros con que acredita la santidad de la Iglesia que ha escogido por esposa. En las bodas de Caná, Jesucristo convierte el agua en vino exquisito; en un solitario desierto, con solo cinco panes y dos peces satisface á una muchedumbre hambrienta. Ora movido á compasion, resucita á un muerto de cuatro dias; ora, admirando la fé de un moribundo, le restituye la salud; siempre, con palabras suavísimas, consuela y alivia á todos: encamina á los descarriados; instruye á los ignorantes; sana á los enfermos y endemoniados; ilumina á los ciegos; devuelve el uso de la palabra á los mudos; endereza á los cojos; en suma, la naturaleza toda se muestra sumisa y dócil á su voluntad. A su muerte, el sol se oscurece, hiéndense los montes, ábrense los sepulcros; luego resucita de entre los muertos, conversa por espacio de cuarenta dias con los suyos, y asciende por fin glorioso á los cielos en presencia de sus discípulos. Mas no por esto los abandona, pues en breve, para fortalecer su virtud, les envia el Espíritu Santo en figura de lenguas de fuego, y el parto, el medo, el hebreo, el árabe y el elamita les oyen hablar á cada uno su propio lenguaje. Pedro sana á un paralítico en nombre de Jesucristo; Pablo endereza una mano con solo mandar extenderla. Los apóstoles, los evangelistas, los levitas y los primitivos discípulos se diseminan por la tierra y señalan su paso con innumerables prodigios, ya curando enfermedades, ya desterrando epidemias, ya derribando altares y templos profanos, ya haciendo enmudecer para siempre á los falsos oráculos; de manera que pasan al mundo y hacen de continuo nuevos prosélitos, herederos de su virtud, que renuevan incesantemente las maravillas pasadas. Unos amansan y sujetan las fieras, como Policarpo; otros quitan el ardor á las llamas, como Venancio; otros embotan las espadas, como Mamante; estos suspenden el curso de los ríos, esotros ablandan la dureza de las piedras, ó apagan súbitamente grandes incendios; aquellos...

Pero ¿quién es capaz de enumerar los prodigios que obraron los santos? Referidlos vosotros, reinos, provincias, ciudades que fuisteis testigos de ellos: referid vosotros, persas, los de Sabas; vosotros, armenios, los de Blas; vosotros, egipcios, los de Juan; vosotros, españoles, los de Vicente; vosotros, ingleses, los de Agustin; vosotros, polacos, los de Estanislao; vosotros, bohemios, los de Nepomuceno; vosotros, teutones, los de Bonifacio; vosotros, franceses, los de Remigio, y vosotros, oh italianos, relatad tambien los de vuestros insignes taumaturgos: tú, Padua, los de Antonio; tú, Sena, los de Ber-

nardino; tú, Asís, los de Francisco; tú, Bolonia, los de Petronio: vosotros, en fin, estados, comarcas, villas, castillos y aldeas, referid las santas proezas de vuestros hijos; decid las maravillas y portentos de toda especie que obraron; cuántos enfermos sanaron, cuántos incendios apagaron, qué de bienes hicieron, qué de males remediaron... ¡Oh! adonde quiera que vuelva los ojos, veo basílicas, santuarios, votos, fiestas y cultos suntuosos, destinados á celebrar la memoria de los favores recibidos por la mediación de los santos... Cuéntanse los sucesos, muéstranse todavía sus vestigios, véanse aún en el día milagros permanentes y continuos. Véase en Nápoles hervir la sangre de san Genaro al ponerla en presencia de su cabeza, lo cual no puede explicarse sinó atribuyéndolo á milagro. En Bari, véanse los huesos de san Nicolás constantemente humedecidos por una linfa que de ellos mana, y que, á no ser por un milagro, debería haberse secado.

Todos esos milagros son milagros verdaderos, ciertos y obrados en confirmacion de la sola religion católica. Primeramente, son verdaderos milagros. Esto se prueba con solo reflexionar que son superiores á las fuerzas de la naturaleza creada; porque ¿quién es capaz de hallar en la naturaleza una fuerza, por cuyo medio pueda un hombre, con una sola palabra ó con un simple ademan, solidar las aguas, paralizar el curso de los astros, apaciguar los elementos y contrarrestar sus movimientos y efectos, como consta haber sucedido repetidas veces milagrosamente?

Probada la verdad de los milagros, paso á demostraros su certitud. ¿Quiénes son los que refieren la verdad de los milagros? Los Profetas, los Apóstoles, los santos Padres, los historiadores, y sobre todo, los oráculos infalibles de la santa Iglesia. Refiérenlos con sencillez de estilo, sin ampulosidad ni exageracion, y sin que se note en sus palabras la más lijera sombra de pasion ó parcialidad. Refiérenlos además diversos autores separados entre sí por el tiempo, la distancia, la profesion y los intereses, y acordes, esto no obstante, en el fondo y la sustancia de los hechos. Refiéronlos hombres grandes, ilustrados y verídicos; hombres en quienes no puede recaer sospecha de ignorancia ó mala fé. Refiéronlos los sumos Pontífices en sus infalibles decisiones, al inscribir en los fastos sagrados los nombres de aquellos insignes campeones de la fé, que vemos expuestos en los altares á la pública veneracion de los fieles. ¡Y qué de pruebas, solemnidad y deliberacion preceden á tales decisiones! El tribunal es infalible, el exámen minucioso y atentísimo, los testigos numerosos y mayores, de toda excepcion.

Las estupendas maravillas consignadas en los fastos sagrados tuvieron por testigos á muchísimas gentes que no podian dejarse alucinar fácilmente, tales como los judíos, los gentiles, los cismáticos, los herejes, los deístas, y, sin embargo, nunca han temido ni temerán el exámen de la crítica más cavilosa. Supongamos por un instante, que los Evangelistas ó los Pontífices hubiesen inventado los milagros que nos refieren, ¿cómo habian de hacerlo para darlos á entender á sus contemporáneos? ¿Cómo podian lograr el asentimiento de los que estaban viendo lo contrario? cómo acallar las generales quejas y reclamaciones? cómo llevar la impostura y la astucia hasta el punto de persuadir tamañas falsedades á infinitas y diversas gentes, por espacio de tantos siglos, á despecho de las luces y descubrimientos de la historia y de la ciencia? Y sin embargo, los milagros han sido creídos y se creen, y su creencia se robustece con el transcurso de los siglos, y se celebra su memoria con fiestas, cánticos y monumentos. El mundo no suele convenir sinó en lo que es innegable: de consiguiente, si los judíos, los católicos, los sectarios y las gentes todas admiten la existencia de los milagros, necesariamente debemos nosotros reconocerlos, ó negar nuestro asentimiento á toda humana creencia: negar toda humana creencia es renunciar al buen sentido: luego, creer en la verdad de los milagros es un deber de todo hombre sensato. Si hay falsos milagros, por necesidad ha de haberlos verdaderos; que no se hace moneda falsa donde no se conoce la legítima. El hombre prudente se dá por satisfecho con una evidencia racional; ni busca la certitud en la duda, ni teme la duda en la certitud. Así como el admitir todos los milagros es fanatismo ciego, el negarlos todos es loca incredulidad.

5. Finalmente, conviene, hermanos míos, que sepais y esteis firmemente persuadidos, de que los milagros se encaminan todos á probar exclusivamente la verdad de la religion católica. Esto, sin embargo, no quiere decir que Dios no haga quizá algunos milagros para proteger la inocencia ó ensalzar otras virtudes morales; mas, como éstas pertenecen todas á la verdadera creencia, es de aquí, que los prodigios obrados en justificacion de ellas, redundan en justificacion y pruebas del catolicismo. Si se me objeta que Dios obró también milagros en favor de los judíos, contestaré que estos milagros no pertenecen á ellos, sinó á nosotros. Con efecto, nuestra religion católica es la continuacion y la plenitud de la religion judaica: los judíos eran precursores y nosotros somos secuaces de Jesucristo; ellos le adoraban ántes, y nosotros le adoramos despues de su advenimiento: en unos y otros la esencia es la misma, solo hay diversidad en el modo.

Los milagros hebraicos, pues, pertenecen todos á aquel pueblo que reconoce y adora al ya humanado Mesías, centro y objeto de toda creencia y de todo milagro. Cuantos milagros ha habido y habrá, todos, desde el primero al último, tienen relacion con nosotros, porque solo á nosotros se refiere el objeto de ellos: de donde se deduce, que ningun milagro puede favorecer á secta alguna; porque la verdad es una y no puede dividirse en opuestos sentidos. La religion que cuenta un solo milagro, puede atribuírselos todos, porque la verdad como indivisible que es, permanece siempre unida consigo misma. Por esto nuestra santa religion que cuenta muchos milagros demostrados, puede negarlos á todas las sectas y aplicarlos todos en confirmacion de sí propia; porque un Dios verídico no se contradice jamás.

Voy á resumir en breves palabras las razones aducidas en apoyo de mi proposicion. La religion católica tiene en favor suyo milagros verdaderos, ciertos y obrados en confirmacion de ella sola. De consiguiente, ó se ha de negar la existencia de los milagros, ó hay que negarlos á la religion católica, ó se ha de negar que tengan por objeto la demostracion de la verdad. Pero, negar la existencia de los milagros es renunciar al buen sentido; negarlos á la religion católica es negar las pruebas de hecho; negar que tengan por objeto la demostracion de la verdad es acusar á Dios de falsedad; luego, es tan cierto que los milagros son verdaderos, que se encaminan á la demostracion de la verdad, y á la confirmacion exclusiva de la religion católica, como verdadero es el buen sentido, verdaderas las pruebas de hecho, y verdadero el testimonio de Dios. Es así que estos medios de prueba tienen el carácter y el valor de toda evidencia metafísica, física y moral; luego, la religion de los milagros goza de toda evidencia. Pero, la religion católica es la sola religion de los milagros; luego, negar esta religion es negar la evidencia. Esto solo cabe en un excepticismo irracional; luego, tan cierto es que la religion católica es la única verdadera y divina, como verdadero es Dios y ciertas son las pruebas más evidentes.

Dios mío, vos me unís á vos mismo con una fuerza casi invencible. Vos me ilumináis con una luz tal, que sería preciso que cerrara los ojos para no ver. Vuestras manifestaciones son tantas, tan visibles y tan claras, que si creyéndo las errase, me volvería contra vos y os atribuiría la causa de mi error: *Domine, si error est quod credimus, à te decepti sumus*. Empero, léjos de ser así, puedo declarar y declaro con la más firme conviccion: Solo Dios puede obrar milagros y solo puede obrarlos en confirmacion de la verdad: es así que Dios ha obrado milagros en confirmacion de nuestra

religion católica; luego, la religion católica es la única verdadera y divina.

Aún me queda que hablar de otro milagro, milagro de insigne impiedad, que se realiza en el seno de la comunión católica. ¿Es posible que vosotros, pueblo redimido, hijos de las maravillas divinas, seais rebeldes y obstinados, sensuales y adúlteros, codiciosos y rapaces tanto ó más que los infieles mismos? ¿Quién lo oirá sin espanto? Vosotros, secuaces de una religion luminosísima, os mostrais con vuestras obras hijos de las tinieblas? Y ¿qué disculpas, qué excusas podreis alegar ante el tribunal de Dios? El os lleva de la mano, señala cada paso vuestro con un milagro, os dirige y alienta en el camino del cielo con más amorosa solicitud que al pueblo de Israel en su peregrinacion á la tierra de Canaan. ¡Y vosotros, insensibles é ingratos á tantos beneficios, con dura cerviz y corazon incircunsciso, resistís al Espíritu Santo, os mofais de las maravillas divinas, hollais los más preciosos dones de Dios, y convertís en mortal ponzoña el más saludable y nutritivo alimento! ¿Y cuál será el resultado de tan ciega obstinacion? Me parece que oigo á Dios clamar con voz tremenda desde el cielo de esta manera: ¿Qué más podía hacer de lo que he hecho en favor de mi viña amada? Desde ahora, pues, la abandonaré y contemplaré indiferente como la cubren las zarzas y la devastan las fieras y la huellan los caminantes... Así haré yo que los que abusan de mis favores y cierran los ojos á la luz de mis prodigios, hallen en unos y otros su perdicion. Bien lo merecen los que abusan de mis gracias y dones. Por tanto, hermanos míos, poseidos de este saludable temor, creed con firmeza y adorad con humildad las maravillas de Dios, para que de este modo seais dignos hijos de la religion de los milagros, y alcanceis el premio que os está preparado en el cielo.